

IN MEMORIAM PADRE ALBERTO IGNACIO EZCURRA

P. Alfredo Sáenz

(Tomado de Revista Gladius Nº 27. 15 de agosto de 1993, pág. 159 a 162)

No me resulta fácil escribir estas líneas en recuerdo de mi tan querido como admirado amigo, el P. Alberto. Me animo a hacerlo porque él mismo, estando ya gravemente enfermo, en una de sus típicas humoradas me pidió que le redactara la nota necrológica. Cumplo así su voluntad con todo el cariño que su recuerdo despierta en mí. Quisiera destacar, en primer lugar, la inteligencia tan intuitiva como refleja que lo caracterizaba. Era un hombre penetrante. Leía muchísimo, pero asimilaba admirablemente lo leído, penetrando en su contenido con una agudeza poco común. Y conste que no se trataba de una inteligencia rutinaria o anquilosada. Nadie más lejos que él de la mentalidad del “manualista”. Era tradicional, sí, abrazaba con fervor la doctrina que la Iglesia ha sostenido desde siempre, pero no la expresaba como un mero repetidor, que recita siempre de nuevo la lección aprendida. Tal es a veces el peligro de los llamados “tradicionalistas”. El era creador, un hombre verdaderamente “original” porque amante de los “orígenes”, las fuentes, capaz de profundizar y de expresar lo de siempre con extrema e inesperada novedad, percibiendo las múltiples relaciones del tema tratado con los problemas de la actualidad. Santo Tomás, de quien se mostró siempre estrecho seguidor, no hizo de él un tomista de gabinete. Sus enemigos no fueron los de la época del Doctor Angélico; aquellos hacia los cuales dirigió la espada de su inteligencia fueron los enemigos de hoy. Era su manera de ser tomista. Un tomismo vigente, actual y sagaz.

Fue asimismo el P. Ezcurra un auténtico luchador. Atacado incesantemente, y desde ángulos muy diversos, nunca perdió la compostura del auténtico soldado de Cristo. El coraje era una de sus cualidades más relevantes. Nunca creyó conveniente minimizar la doctrina, nunca estuvo dispuesto a “bolichear” con la Verdad, en orden a caer parado y resultar a la postre bien considerado por los demás. Mantuvo enhiesta la integridad de la doctrina, al tiempo que supo ser altamente generoso con sus contrincantes. Hasta la

ingenuidad, yo diría, creyendo que así podría un día ganarlos.

He aquí las dos características más salientes del P. Ezcurra: la lucidez y el coraje. Que son precisamente las dos cualidades que Solzhenitsyn juzgaba hoy más importantes que nunca, y que a su juicio brillaban por su ausencia en el mundo occidental. No una lucidez sin coraje, que sólo suscita intelectuales de gabinete, ni un coraje sin lucidez, que engendra combatientes alocados. En el P. Alberto se desposaron la lucidez y el coraje, haciendo de él un auténtico militante de la Iglesia y de la Patria.

Dios le dotó de brillantes dotes oratorias, que le permitieron expresar de manera esplendorosa la verdad católica y la convicción patriótica. Era, realmente, un orador de fuste. Yo a veces le decía en broma que sus sermones parecían arengas. Pero es que su cristianismo era fogoso y vibrante. No podía expresar de manera fría o tibia lo que ardía en su corazón. Algo quemaba dentro de él, por eso no temía “quemarse” ante los demás.

No puedo dejar de destacar, por sobre todo lo dicho, su capacidad de forjador de sacerdotes. Si bien experimentaba un gran atractivo por el apostolado con el pueblo cristiano, especialmente con la gente sencilla -las misiones populares, por ejemplo, en las que mostraba dotes envidiables-, las circunstancias y la decisión de la autoridad jerárquica hicieron que se dedicara la mayor parte de su vida, desde el día de su ordenación, a la formación de nuevos sacerdotes. Así lo hizo de manera ininterrumpida en el Seminario de Paraná, primero, donde tuve el honor de convivir trece años con él, cuarto por medio, y ulteriormente en el Seminario de San Rafael, en que fue rector durante varios años. El aposento donde vivía, tanto en Paraná como en San Rafael, resultó un crisol para los jóvenes seminaristas. Allí aprendían de él, no sólo en razón de sus consejos expresos, sino aún por sus criterios y su manera de reaccionar ante las diversas circunstancias. Aprendían de él por contagio, por ósmosis.

Se lo ha acusado reiteradamente, incluso desde altas instancias, de ser un político. Doy testimonio de la falsedad de dicha aseveración. Lo fue, ciertamente, en su juventud.

Pero hubo un momento en que pensó que Dios lo quería para otra cosa. Y tras hacer el mes de Ejercicios Espirituales de San Ignacio, vio claro que Dios lo llamaba al sacerdocio. Y fue realmente un sacerdote de cuerpo entero. Por cierto que no limitó su acción sacerdotal a lo que podríamos llamar el “Cristianismo” sino que se preocupó también por la “Cristiandad”. Entiendo por Cristianismo la práctica cristiana, y por Cristiandad la

impregnación evangélica del orden temporal. Pues bien, laboró a favor del Cristianismo dirigiendo espiritualmente, haciendo que Cristo creciera en los corazones de tantos dirigidos y confidentes suyos. Mas se abocó también a trabajar en pro de la edificación de la Cristiandad, interesándose porque el evangelio irrumpiera en la cultura, en el arte, en la política, en la economía. Pero siempre desde el punto de vista sacerdotal, no entrometiéndose indebida e impropriamente en el orden temporal, sino preparando dirigentes católicos que abordasen ese escenario de combate.

No puedo obviar una característica absolutamente típica de su carácter, y es su sentido del humor, su capacidad eutrapélica. Su cuarto era siempre un lugar de encuentro donde los que allí acudían se sentían a sus anchas. Siempre tenía un chiste o un cuento a flor de labios, este hombre tan ocurrente. Era acogedor hasta el extremo y ninguno que ingresara triste a su aposento salía como había entrado. A raíz de su enfermedad postrera había recibido una buena cantidad de transfusiones de sangre. Durante su última recaída, en un breve momento de alivio, tomando coraje se levantó de la cama y se dirigió al aula para dar clase de Moral, como solía, a sus seminaristas. A la sugerencia de un hermano suyo que dejara la clase respondió: *“Lo físico en mí está mal, pero todavía tengo bien la cabeza. Y quiero dar lo que me queda”*. Al llegar al aula los estudiantes se pusieron de pie y lo aplaudieron con emoción. Poco antes de morir, cuando los sacerdotes que rodeaban su lecho de moribundo le acababan de impartir la Unción de los Enfermos, dijo: *“Ahora soy un muerto con patente”*, como indicando que ya estaba en regla ante la inminencia del peaje divino del juicio.

Así era el P. Alberto. ¡Cómo podríamos olvidarlo! Una anécdota ulterior a su muerte lo ilumina todo. El Padre era muy amante de preparar licores exquisitos para invitar a sus amigos. Un auténtico artista en este menester. Pues bien, hacia el fin de su vida había preparado con su habitual maestría un licor de guindas. *“Será para después de mi muerte”*, dijo. Y así fue. Pocas horas después del entierro, un grupo de sacerdotes amigos nos juntamos en su cuarto. Y uno de ellos sugirió: *“¿Por qué no tomamos ese licor que él preparó?”*. Todos asentimos. Y en un ambiente de profunda serenidad y alegría, brindamos en su honor. Un extraño que hubiese entrado en ese momento podría haber tomado dicho comportamiento como un acto de impiedad: brindar en el mismo cuarto de quien acababa de morir. Nada más lejos de ello. Recuerdo que uno de los sacerdotes asistentes exclamó: *“¡Cómo se hubiera alegrado el Padre viéndonos acá*

tomando lo que preparó con sus manos!”. Fue casi un acto cultural.

El P. Ezcurra se nos ha ido. Con cuánta exactitud se podría poner en su boca aquello de San Pablo: *“He combatido el buen combate, he concluido la carrera, he conservado la fe. Ahora sólo me resta esperar el premio del justo Juez”*. El P. Alberto se gastó y se desgastó por los demás, trabajó incansablemente hasta el último momento. Tiene, pues, derecho a que le digamos con toda verdad por boca de la Iglesia, y con la emoción del amigo: Descansa en paz. Hasta que nos volvamos a ver en lo alto. Y podamos brindar de nuevo con el licor que allí nos estarás preparando, el licor añejo que no se acaba.